

CAPITULO VIII.

LAS GUERRILLAS.—OCAÑA.

MODIFICACION DE LA CENTRAL.

1809.

(De junio á diciembre.)

Reflexion sobre las victorias y las derrotas de nuestros ejércitos.— Su influencia dentro y fuera de España.—Organizacion de las guerrillas.—Decreto de la Central.—Tendencia de los españoles á este género de guerra.—Motivos que además los impulsaban á adoptarle.—Opuestos y apasionados juicios que se han hecho acerca de los guerrilleros.—Cómo deben ser imparcialmente juzgados.—Su valor é intrepidez.—Servicios que prestaban.—Su sistema de hacer la guerra.—Crueldad de los franceses con ellos.—Represalias horribles.—Partidas y partidarios célebres.—En Aragon y Navarra.—Renovales, Villacampa y otros.—Suceso del Tremedal.—En la Alcarria y la Mancha.—El Empecinado, el Manco, Mir.—En Castilla la Vieja.—El Capuchino, Saornil, el cura Merino, don Julian Sanchez.—Servicios que hicieron á las provincias ocupadas por los franceses, y á las provincias libres.—Situacion de los ejércitos regulares.—Conducta del gobierno inglés como aliado de España.—Desamparo de nuestra nacion despues de la paz entre Austria y el imperio francés.—Operaciones entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo.—Triunfo de los españoles en Tamames.—Ejército del centro de la Mancha.—Retírase á Sierra-Morena.—Suceso de Areizaga en el mando á Eguía.—Plan funesto de venir nuestro ejército á Madrid.—Su marcha en direccion de la capital.—

Reunion de fuerzas francesas en Aranjuez.—Pónese el rey José al frente de ellas.—Gefes y fuerzas respectivas de ambos ejércitos.—Batalla de Ocaña.—Fatal y completa derrota del ejército español.—Desastre de Alba de Tormes.—Marcha política de nuestro gobierno.—Descontento y conspiracion contra la Central.—Ambiciones é intrigas en su mismo seno.—Desacuerdos entre la Central y las juntas provinciales.—Proyectos sobre Regencia.—Aspiraciones de Palafox y del marqués de la Romana.—Nombramiento de una comision ejecutiva, y acuerdo de convocar Córtes.—Decreto de 4 de noviembre.—Nuevas intrigas en la Junta.—Arresto de Palafox y de Montijo.—No satisface la comision ejecutiva las esperanzas públicas.—Síntomas de próxima caída de la Comision y de la Junta general.—Determinan retirarse de Sevilla.—Deplorable conducta del rey Fernando en Valencey durante estos sucesos.

Hemos visto los resultados de la campaña de 1809 en diferentes provincias y comarcas de la península; campaña sostenida principalmente, como habrán observado nuestros lectores, por ejércitos españoles ya organizados, obrando, unas veces solos y sin estraño auxilio, como en Cataluña y Aragon, otras con el apoyo de auxiliares estrangeros, como en Extremadura, siempre y en todas partes protegidos cuanto era dable por las partidas mas ó menos numerosas de voluntarios á que se daba el nombre de guerrillas. Que nuestros ejércitos, en su mayor parte improvisados, no pudiesen tener ni la organizacion, ni la disciplina, ni la práctica de batallar que tenian y habian traído ya los franceses, ni nuestros generales la táctica y la pericia de los suyos, cosa es que ni ahora ni entonces ha podido nadie desconocer. Por lo mismo á nadie tam-

poco podia causar maravilla que nuestros ejércitos fueran vencidos en Medellin y en Almonacid, en María y en Belchite; siendo lo verdaderamente admirable que quedáran vencedores en batallas como las de Alcañiz y Talavera, y que sostuvieran sitios como el de Gerona. No podemos por tanto convenir con un historiador moderno, que encuentra censurable á la Junta Central por haber gastado una gran parte de su actividad y de las fuerzas del pais en crear ejércitos y en entregarlos á los generales, pidiéndoles victorias. Necesidad de crear ejércitos habia; á generales tenian que ser encomendados, y era natural desear victorias, y por consecuencia pedir las, de la manera que las victorias pueden pedirse. Ni podemos tampoco convenir en que las que consiguieron nuestros ejércitos fuesen estériles, pues si de algunas de ellas no se recogió inmediatamente todo el fruto que habieran debido producir y habria sido de apetecer, estuvieron lejos de ser infructuosas, reanimaban el espíritu del ejército y del pueblo, hacian en Europa un eco favorable á nuestra nacion, acreditábase que las legiones de Napoleon habian dejado de ser invencibles en España, reconocíalo el emperador mismo, y no es justo que nosotros demos á nuestros triunfos menos mérito del que les daba la Europa, y del que confesaban nuestros mismos enemigos.

Pero indica el propio escritor español á quien hacemos referencia, que habria sido mejor que la Central, en vez de gastar las fuerzas de la nacion y su

propia vitalidad en crear y organizar ejércitos regulares, las hubiera empleado en fomentar las partidas sueltas ó guerrillas, que á su juicio eran el terrible enemigo de los franceses, la última esperanza y la salvacion del país. Tampoco es exacto que la Central descuidára de fomentar, alentar y proteger éstas que podriamos llamar las fuerzas sutiles de aquella guerra: puesto que ademas de los emisarios y gefes que con tal objeto vimos haber enviado á Galicia, en 28 de diciembre de 1808 expidió un decreto, en muchos artículos, sobre el alistamiento y organizacion de esta milicia móvil, llegando á prescribir en sus últimas disposiciones la formacion de *cuadrillas* en que se diera entrada hasta á los que se habian ejercitado anteriormente en el contrabando, bajo las mismas reglas que las *partidas*, y señalándoles los mismos sueldos y emolumentos ⁽¹⁾. Y aun se nombraron y destinaron comisarios á todas las provincias del reino para que al tenor de lo ordenado y decretado se levantase y organizase dicha clase de milicia.

(1) «Atendiendo (decia el artículo 29 de aquel reglamento) á que muchos sujetos de distinguido valor é intrepidez, por falta de un objeto en que desplegar dignamente los talentos militares con que los dotó la naturaleza, ó fin de proporcionarles la carrera gloriosa y utilísima al Estado que les presenta las circunstancias actuales, se les indultará para emplearlos en otra especie de Partidas, que se denominarán *Cuadrillas*, bajo las condiciones que se establecen en los cuatro artículos siguientes.»
Uno de los artículos que seguian era: «A todo contrabandista de mar y tierra que en el término de ocho dias se presente para servir en alguna cuadrilla ante cualquiera juez militar ó político de partido, ó gefe del ejército, se le perdonará el delito cometido contra las reales rentas; y si se presenta con caballo y armas, se le pagará uno y otro por su justo valor.»

En verdad no necesitaban de grandes estímulos los españoles de aquel tiempo para cambiar la monótona regularidad del sosiego doméstico por las variadas impresiones de la vida de aventuras, de peligros y de combates, á que de antiguo y en todas las épocas, especialmente en las de guerras extranjeras ó intestinas, han mostrado siempre inclinacion y acreditado privilegiada aptitud los naturales de este suelo. A esta tendencia se agregaba ahora y servia de aguijon, en unos la indignacion producida por las demasías de los franceses, y el deseo de vengar los incendios, saqueos y violencias por aquellos cometidos en las poblaciones y en el seno de las familias, tal vez el horrible asesinato del padre ó del hermano, tal vez el brutal ultrage de la esposa ó de la hija; en otros el legítimo designio de conquistar en la honrosa carrera de las armas á costa de fatigas, de actos de valor y de servicios á la patria, una posicion mas brillante que la que pudieran alcanzar nunca en el oscuro rincon de un taller; en otros el afan de medros personales menos legítimos, y mas materiales y groseros, siquiera fuesen adquiridos á costa de los pacíficos habitantes cuyos hogares y haciendas aparentaban proteger; en otros el espíritu religioso; y en otros en fin, y creemos fuesen los más, un verdadero ardor patriótico, un afan sincero de contribuir y ayudar con todo género de esfuerzos y sacrificios á salvar la independencia de la patria, y de tomar parte activa

en la santa lucha que la nacion sostenia contra extraños invasores.

Así, sin calificar nosotros á cada una de estas partidas, ni menos á sus denodados caudillos, porque ni nos incumbe ni hace á nuestros fines, no podemos convenir con el juicio de aquellos para quienes era cada guerrillero un modelo de patriotismo y un dechado de virtudes cívicas y militares⁽¹⁾: ni tampoco con el de aquellos que exagerando los excesos y tropelías que por desgracia solian ejecutar algunos de aquellos partidarios, han querido que se los considerase como otros tantos bandidos, *brigands*, que era el título con que para desacreditarlos los designaban los franceses. Ciertamente que los habia entre ellos, por fortuna los menos en número, hombres sin educacion y avezados á los malos hábitos de una vida estragada ó licenciosa; que por sus demasías se hacian aun mas temibles á los honrados moradores de las aldeas que los mismos enemigos. Achaque del estado revuelto de una sociedad, en que la necesidad obliga á tolerar y aun aceptar servicios de los mismos á quienes en otro caso juzgarian severamente los tribunales. Pero á los más impulsaban nobles y generosos fines; nacidos unos en ilustre cuna, distinguidos otros en carreras científicas, hijos tambien otros

(1) Como el P. Salmon, á sùmen histórico de la Revolucion que n falta poco para suponerles de España, tomo II. cap. 4. impecables y santificarlos.—Re-

de modestas pero honradas familias, cambiaban ó el brillo ó la comodidad de su casa ó el lucro de su honrosa profesion por las privaciones y los peligros de la guerra; conducíanse como buenos, y eran el terror de los enemigos y el consuelo y amparo de las poblaciones. Intrépidos y valerosos todos, los mismos franceses no pudieron dejar de hacer justicia al comportamiento de algunos de ellos, y no estrañamos dijera, por ejemplo de don Saturnino Albuin: «*Si este hombre hubiera militado en las banderas de Napoleon, y ejecutado tales proezas, ya seria mariscal de Francia:*» y que el mismo gobernador de Madrid Belliard dijese del partidario don Juan Palarea, llamado el Médico (porque ésta habia sido ántes su profesion): «*Le Medecin est un bon general, et un homme très humain.*»

Servicios de importancia y de gran cuenta hacian todos, ya alentando y avivando el espíritu de independencia del país, ya interceptando correos ó convoyes de víveres á los enemigos, ya molestando á éstos y embarazándolos en sus marchas, ya sorprendiendo destacamentos y partidas sueltas y obligándolos á no poder moverse sino en gruesas divisiones, ya cayendo sobre ellos como el rayo y acuchillándolos en los desfiladeros y gargantas que tuvieran que atravesar, ya cortando las comunicaciones entre los diferentes cuerpos y dislocando sus planes, ya protegiendo nuestras columnas, ó llevando socorros á las plazas ó distra-yendo á los sitiadores, ya sosteniendo reñidos choques

y refriegas, ó acciones sérias y formales, segun las partidas eran mas ó menos gruesas ó numerosas, ya con su movilidad continua apareciéndose de dia ó de noche como fantasmas donde y cuando el enemigo menos podia esperarlos, no dejándole momento de reposo y siendo como una continua sombra suya que los seguia á todas partes; de tal modo que su importunidad irritó á algunos generales franceses al extremo de dictar contra los partidarios que fuesen aprehendidos órdenes y medidas crueles é inhumanas, que produjeron á su vez represalias horribles.

De las partidas y partidarios mas notables que operaron en Galicia y en Cataluña hemos hecho mérito en los anteriores capítulos. Tócanos ahora decir algo de las que en la segunda mitad del año 1809 trabajaban en pró de la causa nacional con provecho no escaso en otras provincias del reino. En Aragon, ademas de los cuerpos francos que acaudillaban el coronel Gayan y el brigadier Perena, que existian ya cuando los ejércitos de Blake y Suchet se batian en Alcañiz, en María y en Belchite, aun despues de la retirada del general español á Cataluña quedaron caudillos intrépidos que dieron harto que hacer é hicieron no poco daño á los enemigos que en aquel reino habian quedado vencedores. Figuró entre ellos en primer término don Mariano Renovales, uno de los campeones de la defensa de Zaragoza, que habiendo logrado fugarse al tiempo que le llevaban prisionero á

Francia, y emboscándose en los valles y asperezas de los lindes de Navarra y Aragon al pie del Pirineo, y reuniendo allí paisanos y soldados dispersos, sostuvo una serie de gloriosos combates con las columnas que en su persecucion fueron enviadas, destrozando á veces un batallon entero como en la roca de Undari, y causando ya tál desasosiego y zozobra á los generales franceses que de Zaragoza y Pamplona destacaron á un tiempo y en combinacion fuerzas respetables para ver de atajar sus progresos. Una de estas columnas se dirigió al monasterio de San Juan de la Peña, donde se hallaba el segundo de Renovales don Miguel Sarasa. Obligado éste á retirarse despues de una defensa vigorosa, y apoderados los franceses del monasterio, entregaron á las llamas gran parte de aquel monumento histórico de la primitiva monarquía aragonesa, pereciendo en el incendio los pergaminos y papeles del precioso archivo que en él se custodiaba (26 de agosto). Igual desastre sufrió la villa de Ansó, cabeza del valle de su nombre, en que después entraron los franceses. No siéndole ya posible á Renovales resistir á tantas fuerzas como en todas direcciones le acosaban, despues de haber conseguido una capitulacion honrosa para los del valle del Roncal, trasladóse á las riberas del Cinca, donde puesto al frente de las partidas de Perena y Baget, y ayudándole Sarasa por las cercanías de Ayerbe, y amparándose á veces en las plazas y puntos abrigados, siguió

incomodando y entreteniendo considerables fuerzas enemigas, sintiendo bastante no poder evitar que los franceses se apoderáran de Benasque (noviembre) por culpa del marqués de Villora, cuya falta de resistencia se hizo sospechosa entonces, y se esplicó después viéndole pasar al servicio de los invasores.

Para organizar las partidas y cuerpos francos que operaban en el Ebro, y dirimir contiendas entre sus caudillos, envió Blake desde Cataluña al brigadier don Pedro Villacampa, que en breve formó de todos aquellos una division, con la cual desalojó y aventó á los enemigos de los puntos que ocupaban por la parte de Calatayud, el Frasno y la Almunia, hasta que revolviendo sobre él gruesas masas hubo de recogerse á las sierras de Albarracin, situándose en el célebre santuario de Nuestra Señora del Tremedal, de gran veneracion en toda aquella comarca, colocado en la cúspide de un agreste y melancólico cerro, en cuya subida hizo algunas cortaduras, dedicándose en aquella solitaria y rústica fortaleza á instruir y disciplinar hasta unos cuatro mil hombres que entre soldados y paisanos habia reunido. Conociendo los franceses la necesidad de alejarle de aquellas asperezas, enviaron al efecto tropas de infantería, con artillería y un cuerpo de coraceros, que por medio de una hábil maniobra arrojaron de allí la gente de Villacampa (25 de octubre), volaron el santuario, y saquearon é incendiaron el pequeño pueblo de Orihuela situado á un cuarto de legua

á la falda del monte ⁽¹⁾. Estendiéronse luego los franceses por Albarracin y Teruel, cuyo suelo aun no habian pisado. Las juntas de aquellas provincias mudaban de asiento, como muchas otras, y andaban como en peregrinacion, huyendo de los lugares invadidos.

Dábanse la mano aquellas partidas y columnas volantes con las de otras provincias. En la de Cuenca acaudillaba el marqués de las Atalayuelas una que se hizo notable por su audacia y movilidad. En la de Guadalajara campeaba el *Empecinado*, que despues de haber corrido las tierras de Aranda y de Segovia, llamado por la junta de Guadalajara para organizar y acaudillar sus partidas, no dejaba en ella momento de respiro á los franceses, sostuvo con ellos rudos y brillantes reencuentros, burlaba los ardidés y estratagemas que para cogerle armaban y discurrían, ó rompía audazmenté por entre sus columnas cuando se veía cercado, y él era el que solia sorprender y aprisionar gruesos trozos de enemigos, haciéndose así el terror de los franceses en aquella provincia, y el arrimo de otros partidarios españoles que cada dia se le agregaban ⁽²⁾. Entre los que militaban con él y á

(1) Por fortuna en aquella voladura se salvó la Virgen, que habia podido ocultar un capellan; el pueblo devoto miró como milagrosa su conservacion, y acudió de tropel á adorarla luego que se retiraron los franceses.

(2) En re otros medios que los franceses emplearon para ver de

contenerle fué uno el de poner en rehenes á su madre. Pero ni esto le contuvo, ni menos la órden de un general francés, dada en momentos de irritacion, mandado ahorcar ó arcabucear los brigantes que se cogieran. Lo que hizo don Juan Martin fué disponer que por cada uno de los

sus órdenes distinguíase el valeroso don Saturnino Albuin, que con motivo de haberse inutilizado la mano izquierda al disparar su trabuco, que reventó por mal cargado, en el combate del Casár de Talamanca, fué desde entonces conocido con el sobrenombre de *el Manco*, adquirió despues cada dia mas celebridad, y es el mismo de quien hemos dicho atrás que por sus proezas mereció una honrosa calificacion de los mismos enemigos.

Andaban por la Mancha el escribano don Isidro Mir, un tal Jimenez y un Francisco Sanchez, conocido por Francisquete, que indignado de que los franceses hubieran ahorcado á un hermano suyo, lanzóse á los campos á tomar venganza de ellos, y tomábala haciendo guerra á muerte á cuantos destacamentos atravesaban aquellas llanuras; en tanto que por las inmediatas provincias de Toledo y Extremadura el presbítero Quero, Ayesteran, Lougedo y otros, con el nombre de lanceros unos, y otros de voluntarios de Cruzada, despues de pelear valerosamente en el puente de Tietar y otros lugares, eran agregados por el general Cuesta á la vanguardia de su ejército, teniendo así ocasion de maniobrar y de servir de mucho en la batalla de Talavera. Pululaban al propio tiempo partidas semejantes en Castilla la Vieja, orillas del Ebro, del

suyos que se supiera haber sido arcabuceado, se fusilára á tres franceses prisioneros.—Tanto so-
 nó entre ellos su nombre, que á todos los guerrilleros los solian llamar *Empecinados*.